



## EL RAMILLETE DE FLORES.

---

**N**i siquiera me ha quedado señal; curado, curado; mira. Así me decía el año pasado, á fines de Febrero próximamente, y despues de una quincena de dias que no nos habíamos visto, un oficial muy jóven que yo solía encontrar en casa de cierta señora amiga nuestra; y al decirme esto me alargaba la mano para que se la mirase. La miré, ni rastro siquiera de nada.

—¿Y el otro?—le pregunté.

—Está mejor.

—¿Quién, quién está mejor? ¿Quién es el que se ha puesto malo?—interrumpió la señora de la casa acercándose.

Mi amigo y yo cambiamos una sonrisa.

—¿Tendré que decirlo?—me preguntó.

Yo le respondí que en su lugar lo diría.

—Oiga, pues,—comenzó mi amigo volviéndose á la señora. Tres dias antes de que el carnaval concluyera, una tarde, hácia las cinco, estaba yo delante de un café viendo la carrera de los coches, solo, relegado, entrecogido por la multitud, enteramente blanco de harina, maldiciendo el momento en que se me ocurrió salir de casa para meterme en medio de aquella balumba. De cuando en cuando pasaba un oficial de caballería con la espada desnuda, haciendo señal á la gente que se retirase para no estorbar la carrera, añadiendo siempre á la indicacion alguna palabra respetuosa y cortés...

...Delante de mí había cuatro ó cinco granujas, que, apenas pasaba el soldado, se echaban al centro de la calle entre los coches, disputándose á puñetazos los confites y las flores esparcidas por el suelo con mucho peligro de quedar aplastados por los caballos, y con mucho enojo de los cocheros que si querían avanzar tenían que desgañitarse para que anduvieran con cuidado y dejasen el paso libre. Uno de los soldados que recorrían la calle, despues de haberles amonestado y reñido cinco ó seis veces, viendo que no hacían caso, perdió la paciencia, espoleó el caballo hácia ellos y enarboló la espada para darles un golpe de plano, que en ningun caso seguramente, habría dado. Un caballero cercano á mí, viendo

aquella actitud, exclamó:—¡Eh!—y cuando el soldado puso de nuevo la espada apoyada contra el brazo, añadió:—Hubiera yo querido ver.—Y volviéndose luégo hácia uno que estaba á su lado:—Frutos de la educacion: prepotencia y brutalidad.—Se me encendió la sangre; levanté una mano, la contuve y nuevamente la metí en el bolsillo; armándome de toda la calma de que era capaz y con el tono más cortés, dije al oído de aquel caballero:—¿Qué educacion?—Se volvió sorprendido y pálido; pero pronto se rehizo y respondió con insolente franqueza:—La educacion militar.—Ya no ví más, ni á él, ni á la multitud, ni la carrera, y ni siquiera me acuerdo lo que le dije, ni lo que él me respondió; no sé más que á la mañana siguiente volví á casa con una mano herida, y que mis amigos me dijeron que aquel caballero tenía la mejilla izquierda partida en dos. Hé ahí todo. Precisamente ahora lo que estaba diciendo, es que mi mano no tiene señal del pinchazo y que aquel otro señor está mejor.

La señora que hasta entónces había estado oyendo con mucha seriedad, levantando de vez en cuando los ojos al cielo, y exclamando:—¡Dios mío! se felicitó con frases atentas del éxito afortunado del duelo, y luégo de improvisó salió con una pregunta... de mujer:—Pero V. por qué le provocó. ¿No era mejor fingir no haberle oído?

—Mi amigo me miró; yo le miré, y ambos nos echamos á reir.

—¿Por qué se rien?

—Oiga V., señora—respondió aquél. Admitido, que no lo debe ser, que yo debiese fingir no haberlo oido, como hubiera podido hacerlo, ...si la ira me encendió la sangre y me apagó totalmente la razon ¿sabía yo lo que me hacía en aquel momento?

—Es cierto que...

—Y luégo toda la gente que nos rodeaba lo había oido, la ofensa además era á todo el ejército, aquellas palabras eran una mentira y precisamente en aquel momento aquella mentira era una calumnia, y más en el tono de voz en que fué proferida que sonaba como á una provocacion; además, aquel caballero como luégo supe, y no podía ser de otra suerte, porque hay palabras que revelan toda el alma de un hombre, aquel caballero era un...

—¡Silencio! ¡Silencio! no importa que no lo sepa.

—Había sobre esto otra razon para que aquellas palabras me resultasen tan amargas y ultrajantes, y se la he de decir á V. Oiga. Hace catorce años...

—¿Nada ménos?

—Escuche: estando en Turin con mi familia ...tenía siete años. El penúltimo día de carnaval, mi madre me puso un bonito vestido de máscara,

de seda con tiras blancas y celestes, con una banda roja, una peluca con rubios rizos y una gorreta de terciopelo negro, y así me llevó á la carrera en carruaje. Con nosotros iba mi padre y un comandante de artillería, amigo suyo. Teníamos muchos ramos de flores y un gran canastillo de confites. Las calles estaban plagadas de gentes, y de infinidad de carruajes; máscaras á centenares, elegantes y variadísimas; gran movimiento, gran ruido, en fin, una carrera estupenda. Mi madre, segun su costumbre, no participaba en nada de la alegría de la fiesta y casi no hablaba nada. De vez en cuando, al pasar el carruaje de algun amigo, me ponía un ramo de flores en la mano y me lo hacía tirar, cogiéndome por la banda para que en el momento de lanzarlo no cayese de cabeza al suelo. Los niños, mis amigos, me echaban tambien flores y ramitos y me saludaban gritando y riendo de mi singular vestido, y yo me reía del suyo, y así nos divertíamos de corazon y con el mejor humor del mundo; mucho más que ahora, entre paréntesis; porque entónces una mascarita graciosa, reclinada muellemente en su coche, un zapatito chiquitin, estrecho y bien ceñido que colgase astutamente fuera de la portezuela, una calceta blanca bien estirada y una camisola de batelero que cuelga por un lado, no excitaban ni nuestros pensamientos, ni nuestras miradas, ni nuestros deseos.

—Esto no tiene nada que ver.

—Nos divertíamos. Llegó un momento, sin embargo, en que cansado de gritar y de bracear, me senté para tomar un poco de aliento. Al desembocar de la calle del Po, en la plaza del Castillo, había una fila de soldados de caballería y carabineros, inmóviles y serios como si asistiesen á un funeral. Paseaban la vista, ora por los coches, ora por la gente, sin decir palabra ni cambiar una sonrisa, y sin dar señales de curiosidad ni de distraccion, de pesar ni de enojo; parecían verdaderos autómatas. La multitud les apretaba por todas partes, ondulando y entremezclándose y levantando grandísimo vocerío; desde las ventanas de las casas próximas, que estaban todas llenas de señoras y de máscaras, venía una tempestad de yeso, y de los carruajes otra tempestad contra las ventanas, y desde la calle contra los carruajes también; una furiosa batalla, con inmensas nubes de harina que cubrían casi totalmente las cosas; y un poco más allá, la banda que tocaba, cubierta casi por el estruendo de tamborcillos y trompetas que rasgaba las orejas. —Pobre gente—dijo mi madre al comandante, señalando á los soldados.—Jamás faltan, en todas partes se encuentran. No basta que nos defiendan contra los enemigos, apaguen los incendios, aquieten los tumultos y protejan nuestras vidas y haciendas; tienen que proteger también nues-

tras fiestas, asegurar nuestros goces, y ellos carecen de placeres, de fiestas, y sufren tanto y hacen tantos sacrificios sin recoger jamás el fruto y sin obtener jamás recompensas; ¡qué recompensa! ni siquiera un consuelo, una palabra de agradecimiento, la gente ni se digna mirarlos; nosotros somos todo lo que somos por ellos y ellos por nosotros nada.

El comandante, serio también como un magistrado, sin mirar á los soldados, respondió gravemente:

—¡Es verdad!

—¡Si es verdad!—añadió con viveza mi madre.

—Mire, mire bien; fíjese V. en aquel soldado, el primero comenzando por esta parte, qué aire tan melancólico tiene. ¡Quién sabe si no sufre algún disgusto! ¡Quizá esté malo!

—¿Quién lo puede saber?—respondió el interpelado sonriendo ligeramente.

—¡Quién va á saber lo que tiene!—repitió mi madre mirándolo pensativa.—¡De tal pasta es aquella santa mujer, que aún en medio del bullicio y de la alegría de una fiesta, la cosa más pequeña separa su mente de lo que la circunda, y la lleva de pensamiento en pensamiento hasta la melancolía!—¡Vea V., señora, si importa tener buen corazón!

—¡Vamos!

—No es nada. El carruaje siguió adelante y

mi madre continuó hablando de aquel soldado; luego se volvió á quedar pensando y de repente dice:—¿Y si fuera que alguno de su casa estuviese enfermo? ¡Podría ser esto! ¿No les consienten irse á su casa cuándo tengan alguno enfermo? ¡Quién sabe si no será esto! ¿No les dejan ir á su casa cuándo alguno de su familia se pone malo, no es así?

—Es difícil—respondió aquél.

—¡Vea V.!—apostaríá á que está triste por eso.—¡Qué lógica tiene el corazón!—... Entre tanto está condenado á estarse allí en medio de la gente que se divierte, que canta, que grita... No puedo quitármelo de mi cabeza.

El comandante sonreía.

—¿Qué quiere V.?—volvió á decir mi madre, es mi temple así.

Concluida la vuelta, el carruaje iba á pasar de nuevo delante de los soldados.

Mi madre, aprovechando el momento en que ni el mayor ni mi padre miraban, me dió un ramo de flores, me indicó con un gesto veloz su soldado, y me dijo al oído:—Échase.

—Me puse en pié, y, retenido como siempre por la banda, me dispuse á lanzar el ramo.—Es aquél, ¿no es verdad?—le pregunté.

—Sí, sí; anda pronto.

Aún faltaban siete ú ocho pasos; el carruaje se detuvo, comienza á andar de nuevo, ya estamos...

—¡Animo!—dijo mi madre.—Allá está—le respondí. El ramo había descrito en el aire una bonita curva, yendo á caer precisamente en el pecho del soldado, entre la hebilla del cinturón y la mano con que sostenía las riendas. El soldado se conmovió como si despertase de un sueño, cogió casi involuntariamente el ramo, levantó los ojos en actitud de viva sorpresa, me vió, le saludé con las dos manos, sonrió, y me siguió con la mirada fija hasta que el carruaje se perdió de vista.

Mi corazón latía fuertemente, mi madre se había serenado ya; y ni el comandante ni mi padre habían visto nada. Antes de que se concluyera una nueva carrera salimos de la fila y nos fuimos á casa.

Diez ó doce días despues, volví á ver al soldado en el jardín público. Estaba con otros muchos compañeros suyos, hablando fuerte y riéndose mucho.—¡Mira, ves allí el soldado del ramo!—le dije á mi madre tirándola del vestido.—¡Silencio!—me respondió—no mires.—No comprendí porque me recomendaba esto; lo miré, él me miró con mucha fijeza, me reconoció, hizo ademán de sorprenderse mucho y dijo:—¡Oh!—Mi madre me cogió por el brazo y seguimos adelante. Despues de esto no volví á verle en todo el año. Al siguiente, una de las últimas noches de carnaval, estando ya en casa de vuelta del teatro y ántes de

irme á la cama, me acerqué á la ventana y estuve mirando un poco á la calle á través de los cristales. La calle estaba oscura y nevaba. De vez en cuando, salían máscaras de la casa de enfrente, donde había un café ó una taberna, se extendían, se seguían unas á otras y desaparecían, cuando llegaban otras nuevas, que al encontrarse y reconocerse se arremolinaban haciendo un estrépito con gritos de falsete, y cambiándose mutuamente saludos é invitaciones. En este momento apareció allí una patrulla de caballería. Las máscaras se pusieron á bailar en derredor, voceando y golpeando las manos. Los soldados, envueltos en sus grandes capotes, pasaban sin dar señales de haberlos visto; pero uno de ellos se volvió hácia nuestra casa y parecía que miraba á mi ventana.—¡Será él!—pensé y abrí. En el mismo instante el soldado sacó una mano de debajo del capote é hizo un saludo, y siguió adelante. Al día siguiente, la portera me enteró que hacía algunos días, un soldado de caballería había entrado en el portal, había mirado un rato la escalera, como si dudase en subir ó no, y al fin se había ido. Pocos meses despues, oí decir que un regimiento de caballería se había marchado de Turin, y no volví á ver más á mi soldado, y ya no volví á pensar más en él. Pasaron años y años, vino el 1859; me infatué con el regimiento y manifesté á mi padre que quería abrazar la car-

raera militar. Mi padre dudaba.—Concluye tus estudios—me dijo—y veremos. En Agosto de aquel año los terminé. Y desde entónces acá grandes discusiones con mi padre sobre el asunto de la carrera. Segun se iba hácia adelante, parecía que él tenía ménos propósito de secundar mis deseos. Pero un caso imprevisto cortó el nudo de la cuestion. Estábamos en los primeros días de Enero de 1860. Una mañana estando yo en casa sentado en mi mesa escribiendo, llaman á la puerta y viene un criado á decirme que me buscan.—¿Quién puede ser?—me pregunta mi madre. Me levanto, me sigue ella, y llegamos al recibimiento. En la puerta había un hombre vestido de obrero, con una gran capa, un gorro de pieles en la cabeza; pálido, grueso, con aire doloroso y abatido.—Ni áun siquiera se quita el gorro—murmuró el criado cuando entramos. El desconocido me miró sonriendo y me preguntó: ¿Es V.?...—Diciendo mi nombre y mi apellido.

—Sí, yo soy,—respondí.—Soy un pobre hombre sin trabajo; he sido soldado; si de alguna manera pudiera ayudarme...

Mi madre y yo nos consultamos con la vista.

—...Démme cualquier cosa,—añadió el hombre con suplicante voz.

Cogí un par de pesetas y se las alargué de mala gana.

—Métamelas en el bolsillo.

—¡En el bolsillo!—exclamé entre aturdido y ofendido. Pero su mirada producía extraño efecto sobre mí; le miré un momento más, y luego le metí el dinero en el bolsillo del capote.

—¡Gracias!—dijo con voz conmovida.

—Y ahora... como tengo que marcharme de vuelta á mi pueblo... quisiera suplicarle... que aceptase un recuerdo mio.

Mi madre y yo nos volvimos á mirar maravillados.

—¿Quiere V. aceptarlo, caballero?—preguntó él tímidamente y con afectuoso acento.

—...Veamos lo que es,—respondí.

—Hé aquí,—dijo, y abriendo el capote con los codos, descubrió, señalándole con la vista, un ramo de flores que llevaba en un ojal de la casaca.

—¡Ah, es el soldado!—gritó mi madre.

—¡Él!—exclamé arrebatado, lanzándome á abrazarlo; se le cayó el capote, y mi madre dió un grito de terror:—¡Dios mio!

—¿Qué pasa?—dije volviéndome.

En aquel momento me apercibí que aquel pobre muchacho había perdido ambas manos.

¡En San Martino las había perdido! Sin saber como ni por qué, desde aquel día mi deseo de ser soldado se cambió en firme resolucion; vestir el uniforme militar me pareció como un homenaje hácia aquel pobre muchacho.

Y héme aquí soldado. Y hé aquí por qué siempre que veo un soldado de caballería en la carrera siento latir el corazón como si se tratase de un antiguo amigo, y quisiera ser niño para arrojarle un ramo de flores.

—¿Y aquél soldado?...—preguntó con viveza la señora.

—Ha muerto.

—¿Dónde?

—...¡Dónde había de ser! En nuestra propia casa, entre mis brazos, presente mi madre y siempre con un ramo de flores en su almohada.

